

## Antonio Acevedo Hernández

—¿Creerás—me dice Acevedo Hernández—que hay seres que nunca han mirado al cielo?

Ambos levantamos la cabeza y nos extasiados en la limpidez del firmamento con su multitud de divinas estrellas.

—¡Es verdad—pienso yo—Cuántos seres, a pesar de clavar los ojos en lo alto, no han visto el cielo!

Acevedo Hernández me pregunta:

—¿Has visto los jardines llenos de flores?

—Sí.

—El cielo es un jardín florecido, pero con estrellas.

Volvemos a quedar pensativos.

Busco en mi mente un nuevo tema, y así se me ocurre interrogarlo:

—¿En qué forma escribe Ud? Cuanto está con toda la emoción o en calma?

—No sé, me responde pensativo. A veces escribo improvisadamente, con naturalidad. Después, a medida que va avanzando mi labor, y según el argumento, me emociono. He llorado con los padres que quedan solos, con los hijos que se pierden, con los incomprendidos...

Yo pienso: «Así como sufre en sus dramas habrá soñado en sus fantasías, con sus hermosas aventuras, con «Rosalinda de los cabellos de plata», la joven que pactó con el diablo, pero que al fin se salvó, como el Fausto de Goethe»,

Yo leí «La Leyenda de la Felicidad», un cuento para niños, que es a la vez un sueño para la juventud. Aquella vez pensé que Acevedo Hernández caminaba con su cabeza rozando el cielo.

Ahora último asistí a las representaciones de sus dramas: «Cardo Negro», «Almas Perdidas», «Por el Atajo» y «Arbol Viejo»,

obras en las que no pude detener unas lágrimas de emoción,

Apartándonos de su teatro y de sus novelas, vamos a sus «Crónicas de Arte», que aparecen semanalmente en «Las Ultimas Noticias». Su pluma ha glosado todo el arte chileno, y la tierra misma y nuestra raza pura, nuestro folklore, tiene su escudo en la labor intelectual de Acevedo Hernández. Nunca amé tanto a Chile como cuando me enfrenté al Norte maravilloso y pleno de congojas de «Chañarcillo», una de las obras cumbres de nuestro criollismo.

Han pasado muchos minutos. Lo miro. Está absorto en su mundo interior. A través de sus lentes distingo sus ojos entreabiertos y perdidos en una nube errante.

De pronto, vuelve en sí y me mira. Sonríe y vuelve a hablar. De sus labios fluye el Arte de todo el Universo: Marlowe, Verlaine, Balzac, Goethe, Darío. Shakespeare, Cervantes, Wilde, Latorre...

Al despedirnos, me dice un «¡Hasta pronto!». Al día siguiente iré a Valparaíso. Más de alguna crónica de salino sabor ha de resultar de este viaje...

Y para terminar, un breve diálogo que escuché en una librería de las llamadas «de viejo». Nuestro escritor conversaba con un jovencito que se tildaba de poeta, y que afirmaba que las poesías de «los dos Pablos»—Neruda y de Rokha—no eran de su gusto. Acevedo Hernández le preguntó:

—¿Sabe Ud. cuáles son las tres razones de vivir?

—Nó, respondió azorado el jovencito.

Y a su vez exclamó Acevedo Hernández:

—¡Comprender, comprender, comprender!

NORMA FERNÁNDEZ H.